

## TRES POEMES DE JOSEP VIDAL CADELLANS

### PLENITUD

A l'altre costat del mar,  
la ratlla de l'horitzó, confí de llunyania.  
Aquí, sols tu. Res més.

Qui aire et fa més íntim el mirar?  
de la solitud blavenca que et puja al somriure,  
oh, dolcíssima?  
Blanca com la vela de nau fugitiva  
tota de blanc vestida, què et fa mirar  
mar endavant?

Sobre el blau, l'esguard et rellisca,  
què hi veus enllà? Què hi tremola?  
Misteri de distàncies. Gentil venticell  
olorós de sal marina.  
Blau, blanc.

Tu ets solitud, mar, calma, quietud.  
Què et fa mirar enllà?  
És encís primerenc? No. És plenitud,  
plenitud de mar immens.  
Quins silencis dins l'ànima?  
Què et diuen?  
Quin aire et fa més íntim el mirar?  
Què et puja al somriure, oh, dolcíssima?

Plenitud de mar antic.  
Misteri de distàncies.  
Blau i blanc.  
Aquí, sols tu. Res més.

Senyor, meu el seu misteri, la seva plenitud.  
Què has de dar-me, si ja ho tinc tot?

Juliol de 1954

## **EN MEMORIA DE UN HOMBRE NO CONSPICUO**

Estas palabras son en memoria de un hombre no conspicuo,  
que nunca fue ni hizo ni pensó nada extraordinario.

Nunca fue concurrente a homenajes o discursos  
y para él la política jamás fue otra cosa  
que letras grandes en las primeras páginas de los diarios.

Estrechaba la mano o sonreía cálidamente a sus amigos  
y bebía vino o cerveza con moderación las tardes de los sábados;  
amaba a su mujer y le pedía la camisa planchada los domingos por la mañana;  
algunas veces iba al campo de deportes a ver como  
los equipos rivales jugaban al fútbol o al hockey  
y se excitaba blanda y benignamente a cada golpe afortunado de stick.

Paseaba con sus hijos pequeños cogidos de la mano  
por el largo paseo de árboles copudos y solemnes  
y veía volar los pájaros.

Pensaba no con exceso, y no creía en muchas cosas;  
sólo en media docena de dogmas esenciales  
que no entendía, y por esto le inspiraban respeto.

Tenía una cruz colgada en la pared del comedor y a veces  
la miraba distraídamente y se prometía a sí mismo con sincera decisión no firme  
que alguna vez tendría que pensar seriamente en todas estas cosas.

Saludaba con la mano a sus amigos  
o se juntaba esporádicamente para hablar con ellos  
y proyectaba una cena para algún día incierto, que todos sabían perfectamente que lo era.

No tenía partido ni ideales, ni entendía de economía ni de expansión o propaganda,  
y era cordial en absoluto con todos, por lo menos con aquellos  
con quienes sentía que tenía multitud de cosas inexplicables en común.

Los días de trabajo pasaba buena parte de su tiempo  
junto a una máquina enorme y complicada,  
que funcionaba con docilidad de perro,  
con perfecta igualdad, día tras día y ritmo  
que algunas veces incluso lograba conmoverle extrañamente.

A veces también pensaba de un modo sorprendente  
en cosas altas y extrañas que él no conocía  
y se sabía íntimamente incapaz de comprender.

Pensaba en una calle que se abría al final de la ciudad,  
una calle nunca vista o conocida, que llevaba  
a alguna parte misteriosa y grande, con un arco de triunfo al final, que era comienzo.

Sin embargo, se reprochaba a sí mismo sensatamente  
por abrir paso siquiera a tales fantasías,  
y cuando llegaba a su casa, por la tarde,  
abría la radio y escuchaba música ligera y corregía  
los ejercicios escolares de sus hijos.

Si de manera inexplicable alguien le hubiera puesto en las manos  
la facultad de mandar o dirigir la ciudad o el país,  
él se hubiera sentido enormemente desconcertado,  
y hubiera escapado por un rincón del escenario, lleno de vergüenza.

No hubiera dictado leyes ni hubiera sentido odio,  
y no comprendía aunque se lo explicaran con paciencia,  
como era posible organizar interpretaciones falsas de los hechos  
o inventar necesidades falsas seguidas de soluciones igualmente falsas,  
para goce de algunas docenas escasas de maniáticos.

Algunas veces se paraba a escuchar la respiración  
acompañada y profunda de su mujer, por la noche,  
y sentía multitud de vagas cosas grandes como música,  
que tampoco podía definir, abarcar o comprender.

Esperaba, al morir, cosa que entreveía lejana como un sueño, que sus amigos fueran a decir cosas banales y emocionadas mientras marcharan de modo absurdo, el día de su entierro, detrás del coche que lo llevaría al cementerio.

Su mujer tendría los ojos dolorosamente fijos y dirían sus amigos de él: «Es una lástima. Era un buen muchacho».

---

Una granada le destrozó la cabeza, no importa en qué frente ni cuando, ni bajo qué consigna o grito.

Arrancaron una chapa metálica numerada en su cuello., y lo dejaron allí.  
Era un hombre cualquiera.

Abril 1958

## POEMA IMPETUOSO DE LA CIUDAD SIN ACRÓPOLIS<sup>2</sup>

A todas las gentes de esta ciudad,  
que es mi ciudad

Este es el impetuosamente escrito poema de una ciudad sin acrópolis,  
de mi ciudad, con cada cabeza igualmente noble que otra,  
sin Castillo feudal, ni madrigueras de ilustres rapaces,  
extendida vulgarmente sobre la tierra áspera, chirriante de furor,  
trepidante de máquinas, henchida.

Poema de mi ciudad, vista desde arriba, con sol y nubes altas,  
reciamente clamante al viento. En otoño, con plenitud especial, sin ceremonias.  
Ved, oh, ved: mi ciudad es una ciudad igual a muchas otras,  
la sangre y la carne es carne y sangre como otras, el sudor es idéntico a otros sudores,  
y el ruido de máquinas, poderosas y fuertes máquinas, máquinas que no traicionan nunca, máquinas,  
igual al de otras innumerables máquinas de innumerables ciudades.

Esta muchacha va a la biblioteca pública a devolver un libro,  
un hermosos libro nuevo escrito sobre los campos en invierno, y los árboles,  
y las montañas desnudas y otras igualmente altas e ilustres visiones,  
nobilísimas y blancas visiones. Y este hombre acaba de comprar un disco  
de Nat King Cole, y tiene un cuadro en la pared del comedor que representa  
una puesta de sol en China o el sepulcro de un faraón olvidado.

Este es el poema de mi ciudad, mi ciudad. Veo un pequeño gato de color rubio  
que atraviesa la calle, y un chiquillo jugando con una pelota verde,  
y un ciclista, y la gente que va al mercado, y un guardia con bigotes,  
veo estas cosas y otras igualmente atractivas, y otra muchacha que sonrío,  
y a lo lejos la montaña grisácea y en reposo. Veo como la gente marcha a sus negocios,  
y como aquel muchacho lleva el periódico en la mano, con las maravillosas  
noticias del mundo, impresas hoy con el mismo esfuerzo que ayer, y las historias  
sobre otra gente fabulosa, igual que la gente de mi ciudad.

---

2. Publicat a *Igualada*, 24-9-1960.

También veo la plazoleta en que tres árboles hacen estallar verdes copas,  
y los ancianos tomando el sol, junto a las palomas. Mi ciudad es una sencilla ciudad,  
como muchas otras sencillas ciudades, llenas de buenas gentes, y ancianos que toman el sol,  
y muchachas, y las mujeres que venden en el mercado, y también muchas otras gentes,  
os lo aseguro: mi ciudad es una ciudad como muchas otras, y este es su orgullo.

Por la tarde, la gente sale a pasear, y comenta lo que dicen los diarios,  
y los niños lloran, y en la academia el maestro enseña a los alumnos  
cuánto son ocho por ocho y las raíces cúbicas y la capital de Finlandia.  
En mi ciudad muchas gentes saben que en Finlandia hay enormes lagos,  
y esperan ir allá para las vacaciones, y en Navidad van a escuchar  
canciones antiguas y el Aleluya y música de Sibelius y escriben Christmas  
a sus amigos, y las casas comerciales reparten calendarios.

En mi ciudad hay un largo paseo arbolado maravillosamente, y unos niños,  
en cierta ocasión igualmente maravillosa, cogieron un nido con unos pájaros,  
y mis vecinos tienen en el balcón otros pájaros que cantan todo el día.  
Oh, mi ciudad, mi maravillosa ciudad, fuerte, áspera y tierna a la vez,  
maravillosamente vulgar, tocada por el sol de la tarde en los tejados,  
mi ciudad. Incluso tiene un tren como de juguete, con una máquina que silba y silba,  
y a la que los chiquillos siguen corriendo a lo largo de la vía.

Mi ciudad, mi ciudad. Nadie sabe lo que yo sé acerca de mi ciudad,  
y este es mi secreto. Yo la he visto de mañana y de noche, y os podría decir muchas cosas  
sobre mi ciudad. Os las diré otro día, os lo prometo. Sí, por cierto.

21 setembre 1960